

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE LOS INTELECTUALES

Por C. WRIGHT MILLS

ESTAMOS AL FINAL de lo que se ha llamado la Edad Moderna. Del mismo modo que la Antigüedad fue seguida por varios siglos de ascendencia oriental, que los occidentales llaman provincianamente las Edades Oscuras, así ahora la Edad Moderna está siendo sustituida por un período postmoderno. Tal vez podamos llamarlo la *Cuarta Época*.

Nuestras definiciones básicas de la sociedad y del individuo son rebasadas por las nuevas realidades. No sólo *sentimos* que nos encontramos en una especie de transición entre épocas, sino también que demasiadas de nuestras explicaciones derivan de una gran transición histórica entre la Edad Media y la Edad Moderna, y que cuando se las generaliza para utilizarlas, hoy en día, se hacen torpes, inaplicables, inconvincentes. Nuestras orientaciones principales —el liberalismo y el socialismo— se han derribado virtualmente como explicaciones adecuadas del mundo y de nosotros mismos.

Estas dos ideologías fueron producto de la Ilustración, y tuvieron en común muchos supuestos y dos valores importantes: en ambas, se supone que la libertad y la razón coinciden; una mayor racionalidad se considera como la condición primaria de una mayor libertad.

El liberalismo ha enfocado la libertad y la razón como hechos supremos en relación con el individuo; el marxismo, como hechos supremos en relación con el papel del hombre en la producción política de la historia. Pero lo que ha venido sucediendo en el mundo hace evidente que las ideas de libertad y de razón, parecen a menudo extremadamente ambiguas tanto en las sociedades capitalistas como en las comunistas de nuestra época: ¿por qué el marxismo se ha convertido tan a menudo en una triste retórica de defensa burocrática y abuso político; y el liberalismo, en una manera trivial e inaplicable de enmascarar la realidad social? Los desarrollos más importantes de nuestra época no pueden ser adecuadamente entendidos ni con la interpretación liberal ni con la interpretación marxista de la política y la cultura. Estos modos de pensamiento, después de todo, nacieron como líneas directrices para la reflexión sobre tipos de sociedades que ya no existen. John Stuart Mill nunca analizó las formas de economía política que están desarrollándose ahora en el mundo capitalista. Karl Marx nunca analizó las formas de sociedad que están desarrollándose ahora en el bloque comunista. Y ninguno de los dos pensó nunca en los problemas de los llamados países subdesarrollados, en los cuales, actualmente, tratan de vivir 7 de cada 10 hombres.

La característica ideológica de la Cuarta Época —la que surge de la Edad Moderna— es que las ideas de razón y de libertad se han hecho problemáticas; que una mayor racionalidad no puede suponerse que acarree necesariamente una mayor libertad.

Las tendencias subyacentes son bien conocidas. Organizaciones grandes y racionales —en una palabra, las burocracias— han crecido efectivamente, pero no

la razón sustantiva del individuo en general. Aprisionado en los medios limitados de su vida cotidiana, a menudo el hombre ordinario no puede razonar sobre las grandes estructuras —racionales e irracionales— de las cuales su medio no es sino una de las partes subordinadas. Por consiguiente, realiza con frecuencia series de acciones, aparentemente raciales, sin ninguna idea de los fines que sirve con ellas. Y existe la creciente sospecha de que también los que están arriba —como los generales de Tolstoi— no hacen sino fingir que saben. Que en una sociedad se atribuya una importancia central a la técnica y a la racionalidad de la ciencia, no significa que los hombres vivan racionalmente, y sin mitos, fraudes y supersticiones. Resulta que la ciencia no es un Segundo Advenimiento Tecnológico. La educación universal puede conducir a la imbecilidad tecnológica y al provincialismo nacionalista, en lugar de producir una inteligencia informada e independiente. Las configuraciones sociales racionalmente organizadas no son necesariamente un medio de acrecentar la libertad — para el individuo o para la sociedad. De hecho, muchas veces un medio de tiranizar y manipular, de expropiar la posibilidad misma de razonar, la capacidad misma de actuar como hombres libres.

Las atrocidades de la Cuarta Época son cometidas por los hombres como “funciones” de una maquinaria social racional: hombres poseídos por una visión abstracta que les oculta la humanidad de sus víctimas y, parejamente, su propia humanidad. La insensibilidad moral de nuestros tiempos tomó en los nazis un carácter dramático, pero ¿no es la misma ausencia de moralidad humana que ponen de manifiesto los bombardeos atómicos de las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki? Y esta falta de sensibilidad moral, ¿no está elevada a un nivel aún más alto y técnicamente más adecuado entre los briosos generales y los amables científicos que están planeando racionalmente —y absurdamente— las armas y la estrategia de la Tercera Guerra Mundial? Estas acciones no son necesariamente sádicas; son meramente cuestión de negocios; no son en absoluto emocionales; son eficientes, racionales, técnicamente bien definidas. Son acciones inhumanas porque son impersonales.

El mundo de la Cuarta Época está dividido. En cada lado de este mundo, un superpoder dedica su mayor y más coordinado esfuerzo a la preparación altamente científica de la Tercera Guerra Mundial.

Detrás de esta lucha está el encuentro mundial de dos tipos de economía política, y en este encuentro el capitalismo lleva las de perder. Algunos grandes capitalistas de los Estados Unidos están

empezando a percatarse de ello, lo cual los tiene terriblemente asustados. Temen, y con motivo, que van a convertirse en una fuerza aislada y de segunda fila. Representan el capitalismo utópico en un mundo en gran parte compuesto por pueblos cuyas experiencias con el capitalismo real, si es que las han tenido, han sido en su mayoría brutales. Profesan la “democracia” en un país donde ésta es más un plan formal que una realidad concreta, y en un mundo donde la gran mayoría de los pueblos no ha experimentado nunca las revoluciones burguesas, en un mundo donde los valores asentados por el Renacimiento y la Reforma no frenan el empuje, a menudo brutal, de la industrialización.

¿Qué clase de sociedad están resultando ser los Estados Unidos a mediados del siglo xx? Acaso sea posible caracterizarla como protipo, por lo menos, de “Occidente”. Para localizarla dentro de su contexto mundial en la Cuarta Época, tal vez podamos llamarla la Sociedad Sobredesarrollada.

En una sociedad desarrollada como es debido, puede suponerse que los estilos de vida deliberadamente cultivados serían de una importancia central; las decisiones relativas a los *standards* de vida serían tomadas mediante elecciones debatidas entre estos estilos; el equipo industrial de semejante sociedad debería ser mantenido como un instrumento para aumentar el margen de elección entre diferentes estilos de vida.

Pero en la Sociedad Sobredesarrollada, el *standard* de vida domina los estilos de vida; es como si sus habitantes estuvieran poseídos por su aparato industrial y comercial; colectivamente, por el mantenimiento de una producción conspicua; individualmente, por la búsqueda frenética y el mantenimiento de bienes. Alrededor de estos fetiches, se organiza cada vez más la vida, el trabajo y el ocio. Enfocada hacia ellos, la lucha por un *status* se añade a la lucha por la supervivencia; un pánico producido por el *status* sustituye al aguijón de la pobreza.

En los países subdesarrollados la industrialización, por violenta que sea, puede presentarse como la conquista de la naturaleza por el hombre, que así se libera de la necesidad. Pero en la nación sobredesarrollada, a medida que la industrialización toma auge, el énfasis económico que hace un fetiche de la eficiencia se vuelve altamente ineficiente y sistemáticamente despilfarrador.

La sociedad se ha convertido en un gran local comercial —y una red de *rackets*: el signo del éxito es el cambio de modelo todos los años, del mismo modo que en la sociedad de masas la moda se vuelve universal. La “ansiedad de lo inusitado” se convierte en la forma de vida norteamericana.

Pero todo esto —aunque enormemente importante para la calidad de vida— no es sino la superficie obvia. Debajo de ella hay instituciones que en los Estados Unidos de hoy están tan alejadas de las imágenes de Tocqueville como lo está la Rusia de hoy de las previsiones clásicas de Marx.

La estructura del poder de esta sociedad se basa en una economía formada privadamente que es también una economía de guerra. Es una economía, denominada por unos pocos cientos de empresas, económica y políticamente interrelacionadas, que detentan políticamente la

llave de las decisiones económicas. Estas empresas —jerarquías dominantes— representan probablemente la más alta concentración del más grande poder económico de la historia humana, incluyendo a la Unión Soviética. Están firmemente ligadas a las instituciones políticas y militares, pero son dogmáticas —y hasta maniáticas— ante el fetiche de la "libertad" de su poder privado e irresponsable.

En cuanto a los Estados Unidos y la URSS, los términos mismos de su antagonismo mundial están rebasando sus similitudes: geográfica y étnicamente, ambos son supersociedades; a diferencia de las naciones europeas, cada uno ha amalgamado en un dominio continental grandes variedades de pueblos y de culturas. El poder de ambos se basa en el desarrollo tecnológico. En ambos se hace de este desarrollo un fetiche cultural y social, más bien que un instrumento constantemente sometido a la apreciación

y al control públicos. En ninguno de ellos hay una pericia de importancia en el trabajo o un ocio de importancia en la vida no laborante. En ambos, los trabajadores y los ociosos están sometidos a burocracias impersonales. En ninguno de ellos controlan los trabajadores el proceso de producción, ni los consumidores dan verdaderamente su forma al proceso de consumo. El control obrero está tan alejado de ambos como lo está la soberanía de los consumidores.

Tanto en los Estados Unidos como en la URSS, a medida que el orden político se amplía y se centraliza, se hace menos político y más burocrático; menos un terreno de lucha que un objeto que manejar.

Ni en los Estados Unidos ni en la URSS existen, como hechos centrales de poder, asociaciones voluntarias que liguen a individuos, a pequeñas comunidades o a ciertos públicos, por un lado,

con el Estado, las fuerzas militares y el aparato económico, por otro. Por consiguiente, ni en uno ni en otro existen a mano vehículos para las opiniones razonadas ni instrumentos para el ejercicio racional de la voluntad pública. Tales asociaciones voluntarias no son ya entidades dominantes de la estructura política de la Sociedad Sobredesarrollada.

Estos paralelismos quedan acentuados, y tal vez exagerados, a causa del gran énfasis nacionalista que se da a las diferencias entre los dos antagonistas mundiales. Los paralelismos, naturalmente, provienen en cada caso de fuentes bastante distintas; y lo mismo sucede con las grandes diferencias. En las sociedades capitalistas, el desarrollo de los medios de poder ha tenido lugar gradualmente, y muchas tradiciones culturales lo han restringido y configurado. En la mayoría de las sociedades comunistas, ha acaecido rápida y brutalmente y, desde el principio, bajo una autoridad rígidamente centralizada, y sin las revoluciones culturales que en Occidente reforzaron en tan gran medida la idea de la libertad humana y le dieron un enfoque político.

Podrá alegarse que todo esto es una visión inmoderada y parcial de Norteamérica, y que ésta tiene también muchas cosas buenas. Sin duda. Pero el lector no esperará de mí una visión equilibrada. No soy un tenedor de libros de la sociología. Además, las "visiones equilibradas" son generalmente, en la actualidad, visiones de superficie que se apoyan en la ausencia homogénea de imaginación y la ilusión pasiva de la reflexión. Una visión equilibrada suele ser, según la frase de Royden Harrison, un mero punto de equilibrio entre varias perogrulladas.

*

Los acontecimientos están más allá de las decisiones humanas: la historia se hace a espaldas del hombre. En una sociedad donde la última arma es el rifle; donde la unidad económica típica es la tienda o la granja familiares; donde el estado nacional no existe todavía o no es sino una lejana armazón; donde la comunicación se hace oralmente, epistolarmente o en el púlpito — en semejante sociedad, la historia es el destino.

En la sociedad industrial moderna, los medios de producción económica están desarrollados y centralizados, del mismo modo que los campesinos y los artesanos se encuentran sustituidos por empresas privadas e industriales gubernamentales. En el Estado nacional moderno, los medios de administración y de violencia experimentan desarrollos similares, del mismo modo que el control del rey sobre los nobles, y los caballeros equipados por su propia cuenta, son sustituidos por ejércitos fijos y, en la actualidad, por terribles maquinarias militares. El clímax postmoderno de estos tres desarrollos —en economía, en política y en violencia— está ocurriendo actualmente del modo más dramático en los Estados Unidos y en la URSS. En el mundo polarizado de nuestro tiempo, los medios tanto internacionales como nacionales de hacer la historia están siendo centralizados.

Y sin duda *aquí* reside la paradoja de nuestra situación inmediata: las características de los medios más nuevos de hacer la historia son un signo de que los hombres no están necesariamente en las



C. Wright Mills.—"La sociedad se ha convertido en un gran local comercial"

garras del destino, de que los hombres pueden ahora hacer la historia.

Pero este hecho, irónicamente, está unido al hecho más importante de que en este momento, aquellas ideologías que ofrecen a los hombres la esperanza de hacer la historia han declinado y se están derrumbando en la nación sobre-desarrollada de los Estados Unidos. Este derrumbe es también el de las previsiones de la Ilustración en el sentido de que la razón y la libertad llegarían a prevalecer como fuerzas supremas en la historia humana. Y supone también la abdicación de muchos intelectuales occidentales.

En la Sociedad Sobredesarrollada, ¿dónde se encuentra la *intelligentsia* que está llevando a cabo el gran discurso del Mundo Occidental y cuyo trabajo como intelectuales influya entre los partidos y los públicos y tenga significación para las grandes decisiones de nuestro tiempo? ¿Dónde están los medios de comunicación en masa abiertos a tales hombres? ¿Quién, entre los que tienen a su cargo este estado de dos partidos y sus feroces maquinarias militares, está alerta a lo que ocurre en el mundo del conocimiento y de la razón y de la sensibilidad? ¿Por qué está el intelecto libre tan divorciado de las decisiones del poder? ¿Por qué prevalece actualmente entre los hombres de poder una ignorancia tan supina y tan irresponsable?

En la Cuarta Época, ¿no debemos enfrentarnos a la posibilidad de que el espíritu humano como hecho social se esté deteriorando en calidad y en nivel cultural, y que sin embargo nadie lo note a causa de la aplastante acumulación de artefactos tecnológicos? ¿No es éste el significado de la racionalidad sin razón? ¿De la enajenación humana? ¿Del hecho de que la razón no desempeñe ningún papel en los asuntos humanos? La acumulación de artefactos oculta estos significados: los que los usan no los entienden; los que los inventan y los mantienen apenas entienden otra cosa.

Los valores implicados en el problema cultural de la libertad y de la individualidad están convenientemente encarnados en todo lo que sugiere el ideal del hombre renacentista. La amenaza a este ideal es la ascensión entre nosotros del alegre robot, el hombre de racionalidad sin razón; la amenaza es doble: por una parte, la producción de la historia bien puede llegar a faltar, los hombres pueden seguir abdicando de su producción voluntaria, y de esta manera reducirse a girar en redondo. Por otra parte, la historia puede ser efectivamente producida, pero por estrechos círculos de *élite* sin responsabilidad efectiva ante aquellos que deben tratar de sobrevivir a las consecuencias de sus decisiones y de sus fallas.

La respuesta a la cuestión de la irresponsabilidad política de nuestra época no nos es conocida actualmente; pero ¿no está claro que no se encontrará respuesta alguna a menos que estos problemas sean por lo menos afrontados? ¿No es obvio que los que tienen que afrontarlos, antes que nadie, son los intelectuales, los eruditos, los ministros, los científicos de las sociedades ricas? Que muchos de ellos no lo hagan, hoy en día, con pasión moral, con energía intelectual, es seguramente la mayor falta humana que están cometiendo los hombres privilegiados de nuestro tiempo.

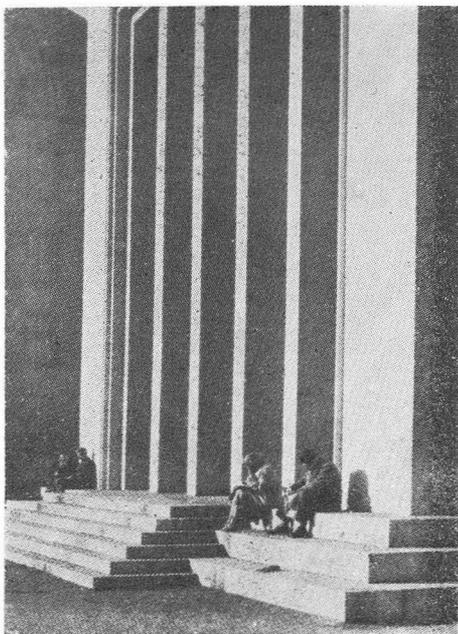
DESTIEMPOS DE BLANCA VARELA *

Por Octavio PAZ

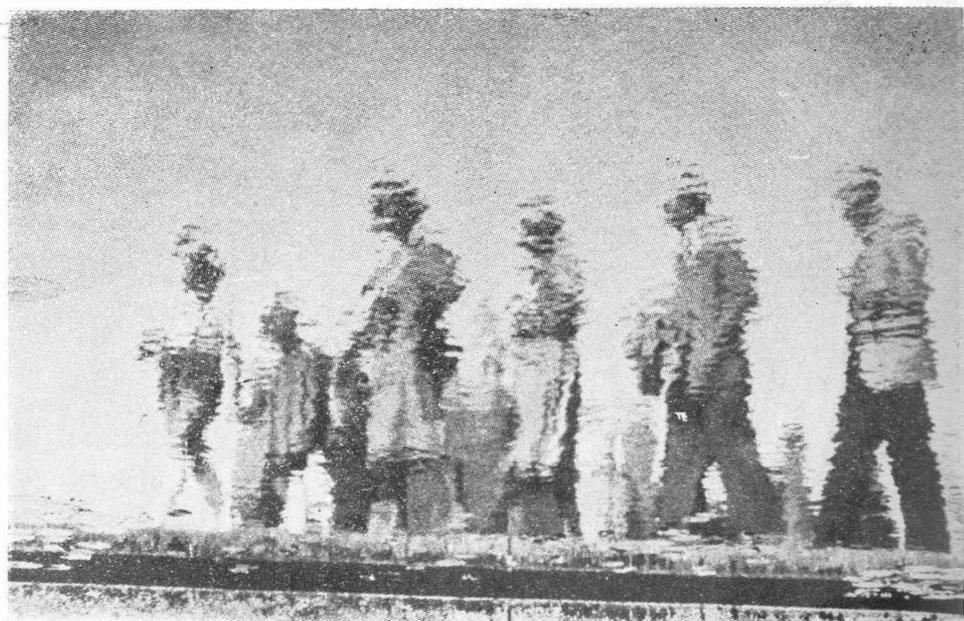
NO ERAN TIEMPOS felices aquellos. Habíamos salido de los años de guerra pero ninguna puerta se abrió ante nosotros: sólo un túnel largo (el mismo de ahora, aunque más pobre y desnudo, el mismo túnel sin salida). Paredes blancas, grises, rosas, bañadas por una luz igual, ni demasiado brillante ni demasiado opaca. Esos años no fueron ni un lujoso incendio, como los de 1920, ni el fuego graneado de 1930 a 1939. Era, al fin, el mundo nuevo, comenzaban de verdad los "tiempos modernos". Luz abstracta, luz que no parpadea, conciencia que no puede ya asirse a ningún objeto exterior. La mirada resbalaba interminablemente sobre los muros lisos, hasta fundirse a su blancura idéntica, hasta no ser —ella también— sino muro uniforme y sin fisura. Túnel hecho de una mirada vacía, que ni acusa ni absuelve, separa o abraza. Transparencia, reflejo, mirada que no mira, ¿cómo huir, cómo romper los barrotes invisibles, contra quién levantar la mano? Amos sin rostro, multitudes sin rostro,

horizonte sin rostro. Perdimos el alma y luego el cuerpo y la cara. Somos una mirada ávida pero ya no hay nada que mirar. Alguien nos mira. ¡Adelante! El mundo se ha puesto de nuevo en marcha. Vamos de ningún lado a ninguna parte.

Algunos no se resignaron. Los más tercos, los más valientes. Quizá los más inocentes. Unos se entregaron a la filosofía. Otros a la política. Unos cuantos cerraron los ojos y recordaron: allá, del otro lado, en el "otro tiempo", nació el sol cada mañana, había árboles y agua, noches y montañas, insectos, pájaros, fieras. Pero los muros eran impenetrables. Rechazados, buscábamos *otra* salida — no hacia fuera, sino hacia adentro. Tampoco adentro había nadie: sólo la mirada, sólo el desierto de la mirada. Nos íbamos a las calles, a los cafés, a los bares, al gas neón y las conversaciones ruidosas. Guiados por el azar —y también por un instinto que no hay más remedio que llamar *electivo*— a veces reconocíamos en un desconocido a uno de los nuestros. Se formaban así, lentamente, pequeños grupos abiertos. Nada nos unía, excepto la búsqueda, el tedio, la desesperación, el deseo. En el Hôtel des Etats-Unis oíamos jazz, bebíamos vino blanco y ron, bailábamos. "El Alquimista" leía poemas de Artaud o de Michaux. Caminábamos mucho. Un muro nos detenía: sus manchas nos entregaban revelaciones más ricas que los cuadros de los museos. (Fue entonces cuando, en verdad, descubrimos la pintura). "En este hotel vivió César Vallejo", me decía Szyszlo. (La poesía de Vallejo también era un muro, tatuado por el hambre, el deseo y la cólera.) En una casa de la avenida Víctor Hugo los hispanoamericanos soñaban en voz alta con sus volcanes y sus pueblos de adobe y cal y el gran sol, inmóvil sobre un muladar inmenso como un inmenso toro



"muro uniforme y sin fisura"



"Amos sin rostro, multitudes sin rostro, horizontes sin rostro"

* Prólogo al libro *Ese puerto existe...*, que publicará la Universidad de Veracruz, en su colección Ficción.